

EL LADO HUMANO DE FRANCISCO*

A un amigo y a una excelente maestra de la Escuela Elemental Franklin D. Roosevelt..

Eran los días de Navidad y Don Francisco Pantoja, tenía tantas cosas por hacer que no sabía por donde empezar, entonces decidió viajar desde la urbanización de Levittown en Toa Baja donde vivía, hacia su ciudad natal de Arecibo. Pasaría a visitar a su suegra y asegurarse que estuviese bien de salud, amén de aprovechar su tiempo y ver los alimentos que le hacían falta en su alacena para su consumo diario. Además, llevaba regalos navideños, y golosinas tradicionales, como: los turrone de Alicante, brazo de gitano, avellanas, dulces y nueces que compartiría con toda la familia. Como de costumbre, el resto de la tarde no tenía nada que hacer y al pasar por el barrio Buenos Aires... le viene a la mente el recuerdo de su profesora de inglés de la Escuela elemental Franklin D. Roosevelt, de Arecibo y decide visitarla, pues alguien le había dicho que ella estaba pasando por una difícil situación económica.

La residencia de la maestra, estaba ubicada muy cerca del desaparecido edificio de la Unidad de Salud Pública, en el Barrio Buenos Aires. La estructura, era un lugar de no muy grata recordación para los adolescentes de la época a quienes reunían allí, para tomar un purgante de “salsosa” contra los parásitos intestinales. Luego le regalaban una naranja (china) a cada uno, para quitarles el desagradable sabor de la boca e inmediatamente los regresaban a la casa. Eventualmente, esta estructura fue utilizada en los años sesenta por la Universidad de Puerto Rico, convirtiéndose así en parte de sus facilidades docentes. Unos años después, el Municipio lo utilizó como cuartel de la Policía, siendo demolido al paso del tiempo por la autoridades concernidas.

Entretanto, para encontrar la dirección, Paco fue preguntando aquí y allá hasta que logró ver de cerca la casa de la profesora, pero ya era un poco tarde para visitarla y decidió regresar a la mañana siguiente. Ese día se levantó muy temprano para verse con su maestra. Al llegar, miró cuidadosamente los alrededores, sobretodo fijó sus ojos en la vivienda envejecida y despintada por los efectos de la lluvia, el sol y los años que no perdonan. Mas allá, había un solitario árbol colmado de mangos que le daba una inmensa sombra al lugar. Caminó un poco... y se colocó en el umbral de la puerta donde una suave brisa le acariciaba el rostro, tocó en la puerta timidamente con los nudillos de la mano y mientras esperaba tuvo la oportunidad de observar las condiciones de pobreza, en que vivía su querida maestra. Asimismo, pudo notar que los vecinos mas cercanos se habían mudado del sector y el barrio lucía solitario y abandonado.

Entonces, un rato después... se abrió la puerta un poco, y con cierto recelo se asomó una cara conocida, aunque un poco envejecida. Tan pronto ella preguntó y se enteró que el visitante... era uno de sus estudiantes se le iluminó el rostro de alegría y recibió a Francisco... con un enorme abrazo. Su alegría era tal que no quería soltarlo, pues raras veces alguien pasaba por su casa o mucho menos esperaba que uno de sus estudiantes viniera a verla.

Como era de esperarse, la profesora lo hizo pasar a su humilde hogar con mucho agrado. Al entrar, Paco no sabía donde sentarse pues los muebles tenían las pajillas descocidas, la madera rota y llena de polillas. Se mantuvo todo el tiempo de pie, y mirando a su alrededor observó una pared llena de retratos familiares. En otra, vio unas fotos antiguas de grupos estudiantiles, jóvenes del ayer, que hoy se encuentran en la tercera edad. Ante estas circunstancias de encontrar tanta penuria en el hogar de su

querida maestra, al amigo se le encogió el alma y apenas podía pronunciar palabras. Eran muchas las emociones para Paco, y con cierta nostalgia recordó sus días estudiantiles acaecidos a mediados de los años cuarenta cuando conoció a su profesora, mientras estudiaba en la escuela elemental Roosevelt.

Era una mujer de mediana edad, alegre y conversadora que vestía muy elegante, para acudir a su Centro escolar. Poseía un excelente dominio de su materia y les exigía a sus alumnos, pronunciar correctamente las palabras en el idioma de Shakespeare. Su asistencia personal al plantel era perfecta, a tal punto que sus estudiantes, se preguntaban: ¿Cuándo va a faltar a clases? En sus horas libres, y hasta en su hogar en el barrio Buenos Aires, estaba siempre lista para ayudar a cualquiera que así se lo pidiera. Era de esas maestras serviciales y desinteresadas. Tenía un gran compromiso educativo hacia sus alumnos y su comunidad.

Invasado por la emoción del momento, Paco logró sentarse a conversar y escuchar con gran atención a su maestra. Ella, le contó entre otras cosas que acostumbraba a levantarse muy temprano en la mañana, y luego se dirigía a la cocina a preparar su desayuno. Para conservar la salud mental, releía revistas viejas de Selecciones y del “National Geographic.” Rara vez, atendía la visita de algunos familiares y amigos. Del mismo modo, los aparatos modernos de lavadora, radio, teléfono y televisión, estaban ausentes en su hogar. Habló también de las preocupaciones de sus pocos vecinos, porque en ocasiones el área era visitada por los amigos de lo ajeno, y a pesar de eso ella no tenía miedo. Precisamente, unos días antes de la visita de Paco, su microondas le fue robado por los vándalos. Situación desafortunada para ella, que vivía de una escasa pensión y todo se le hacía tan difícil. No obstante, con una dulce sonrisa le dijo al amigo:

-Disculpa a mi hermana, todavía ella esta durmiendo, pero tu no te vas de aqui sin saborear el rico café que yo cuelo. Ven siéntate a la mesa y mientras yo lo preparo hablaremos de la Escuela Roosevelt y de tus cosas-

Francisco, la escuchó muy atentamente, pues sospechaba que pocas veces se sentía acompañada. Mientras tanto, de la cocina salía un delicioso aroma de café, ella lo sirvió en unas tazas grandes y al lado colocó un plato con galletas “sport soda” y mantequilla. Pero, antes de consumir el desayuno, le pidió a Paco, una oración para bendecir los alimentos y darle gracias a Dios, por que uno de sus estudiantes, se acordó de su venerable maestra. Paco, intentó decir una oración y con voz entrecortada y muy emocionado, sólo pudo pronunciar lo siguiente:

-Señor bendice estos alimentos y el lindo reencuentro con mi querida maestra de Inglés. Amén!-

Mientras tanto, hablaron de muchas otras cosas que le trajeron nostalgia a la profesora, al punto de que sus ojos se nublaron otra vez con el recuerdo de otros tiempos. Recordó que, cuando se jubiló tenía las esperanzas de vivir sin carencias por el resto de sus días, pero han sido tantos los años que ha vivido, que las cosas resultaron muy distintas. Pese a que se sentía sola, no le resultaba extraño permanecer en el hogar, donde se encuentran sus recuerdos y añoranzas. Ahora, tiene cerca de 93 años, y todavía puede hacer sus cosas.

La tarde avanzaba, la conversación era amena e interesante, había llegado el momento de la despedida, pero antes de salir de la casa Paco, le preguntó:

-¿Profesora en confianza, dígame si necesita algo?-

Ella lo miró a los ojos y le dijo:

-Tengo todo lo que necesito para vivir, dijo sonriendo.

Inmediatamente, le preguntó

-¿Cuándo regresas?

En ese instante, Paco no supo que contestar, apenas balbuceó unas palabras:

-En cualquier momento, le doy la sorpresa.

-Pues, te espero!... y gracias por tomarte el tiempo de venir a visitarme, dijo la profesora con una tierna y franca sonrisa.

Pantoja, salió con el corazón atribulado. El regreso a su hogar en Levittown, fue para él un cúmulo de recuerdos de sus años escolares, en la escuela Roosevelt. Se decía, asimismo que gracias a ella y a otras queridas maestras, pudo estudiar ingeniería. A estos gloriosos maestros de mi amado pueblo Arecibo, les debo lo que soy...pensaba. Se le encogía el corazón, al evocar las imágenes en que vivía su mentora. Entonces, sintió un deseo de agradecerla de alguna forma y se le ocurrió, que podría comprar unas latas de pinturas, brochas y rolos para embellecer la casa, y de una vez le obsequiaría un microondas. Discretamente, sin decirle nada a nadie, se propuso él mismo pintar toda la casa de la maestra y luego de unos días de trabajo logró su cometido, sintiendo una sensación de embriagadora felicidad. Esta acción desinteresada, llenó de sorpresa y felicidad el corazón de su profesora, quien no dejaba de sonreír y llorar de agradecimiento por este noble gesto de uno de sus ex-estudiantes que con su talento y sentido Cristiano sabe retribuir lo que la vida nos obsequia gratuitamente, ¡Que maravilloso ejemplo para todos! Si hubiesen mas personas como Francisco, el mundo fuese otra cosa y todos nos sentiríamos mas acompañados y apreciados. Enhorabuena, por su compasión y obra de caridad.

Así pues, sólo me resta señalar que en el mundo necesitamos mas personas de la talla del amigo Ingeniero Francisco Pantoja. El se apenó del dolor de su querida maestra y calladamente con consciencia Cristiana, realizó de corazón su obra de bien, con sentimiento de gratitud. Mis excusas, por revelar tu gran sensibilidad humana. **¡Félic Navidad, Salud y Próspero Año Nuevo!**

E P I L O G O

Unos años después de este encuentro, nos enteramos de que la querida profesora de Inglés y su hermana pasaron al descanso eterno, ocasionando una gran tristeza en el corazón de Francisco, sus vecinos, exalumnos y familiares. ¡Que en paz descance querida maestra!

***NOTA:** Francisco Pantoja, integró el famoso equipo de jóvenes arecibeños de las 100 libras, que jugaron y triunfaron, en marzo de 1952, en el Madison Square Garden, de Nueva York. La ciudad de Arecibo, le rindió un recibimiento triunfal histórico a estos grandes embajadores. Recuerdo, que junto a Neco Miranda y Toño Nuñez, estuvimos recibiendo a “capota tumbá” (autos descapotables) desde el aeropuerto de Isla Grande, en San Juan hasta la Villa del Capitán Correa.

